

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año	40 »

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administración	15 reales.
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses	30 »
ULTRAMAR, un año	6 pesos.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Echemos una mirada alrededor, ó mejor dicho, echemos dos miradas:

—Hijo del hombre, ¿qué ves?

(Así dice el *Libro de un creyente*, original de un abate muy conocido de Vds.)

El hijo del hombre ve muchas cosas, y yo que tengo también la vanidad de crearme hijo del hombre, en primer lugar, por mi propia naturaleza, y en segundo, por mi origen, tiendo la vista y veo en todas partes los destrozos causados en la raza pavifera, cuya inmensa catástrofe no ha encontrado todavía un poeta superior que cante su gloria y su martirio.

¡Pobres pavos, condenados a *dura cárcel* en el estómago del hombre—y de la mujer!...

Digamos con Serra:

Derramemos una lágrima
a la memoria de aquel
que nos comimos, y luego
nos iremos al café.

Y ya que la palabra café ha caído como llovida al final de estos versos, justo es que hoy, á falta de mejor asunto, como Vds. supondrán, hagamos una visita al café de la plaza del Rey, donde hay un piano, una guitarra y una *cantaora* de la tierra.

La vida de café es la vida más pública que en estos tiempos conoce un cronista, ya sea redactor á *escape* de mi amiga y señora *La Correspondencia* ó de mi señor y compañero GIL BLAS.

El café de la plaza del Rey, cuyo título ignoro, tiene el privilegio de atraer á sus salones lo más escogido de la sociedad de medió pelo. Imitando á los cronistas de las reuniones aristocráticas, podría decir que allí se reúne lo más selecto del trabajo, de la sangre, y de los estómagos fuertes.

Empecemos la descripción con formalidad.

Era una noche oscura, hacia frío y olía á queso.

Cuatro ó cinco amigos estábamos reunidos.

Esto es muy interesante.

Un andaluz del Puerto, un andaluz de Málaga, un francés de París, un artista catalán y un servidor de ustedes.

Charlaban de lo que corre por ahí.

Cuando el andaluz del Puerto dijo:

—Ea, caballeros, ¿quieren Vd. divertirse un rato?

—Hombre, aunque sean dos, dije yo.

—Aunque sean muchos ratos, añadió el francés poniéndose de pié.

El andaluz del Puerto continuó:

—Pues yo sé donde hay una mujer que canta todo lo nacido, y algo más.

—Será la Borghi-Mamo.

—No señor, que es una flamenca de mi tierra.

—¿Cómo! interrumpió el francés; ¿las flamencas son andaluzas? Yo creía que eran de Flandes.

—Eso era en otro tiempo. Si Vd. quiere oír cantar en andaluz, yo le llevaré á que Vd. se quede bizco.

—Bizco no, más bien sordo.

—Basta de cháchara. Yo sé de un café donde se

canta lo gitano por lo fino. ¡El que sea hombre que me! siga!

Como todos nos preciamos de hombres, seguimos á nuestro amigo, y dimos con nuestras respetables personas, envueltas en largas capas, en el café de la plaza del Rey.

Estaba llenito. No he visto un café mejor aprovechado. Mujeres de todos tamaños, cabezas con toda clase de adornos: gorras, sombreros, cachuchas y pañuelos de yerbas. ¡Aquello parecía un jardín.

A duras penas encontramos un rinconcito, y pedimos para hacer consumo.

—Yo, dijo el andaluz de Málaga, necesito una copita de aguardiente para templarme. Este canto necesita fuerza.

Llegó á nuestros oídos el preludio de la guitarra. Poco despues, la *cantaora*, con voz fuerte, y arrastrando por la garganta las notas, dió principio á la funcion.

El que no haya oído el *cante* gitano, en valde espere formarse idea de él por la descripción que otro pueda hacerle.

Imposible parece que ese género de música popular encierre tanta melancolía unida á la gimnasia de la garganta.

Unas veces, la boca cerrada deja escapar sonidos tan confusos, que el oído más delicado trata en vano de descifrar.

Otras veces, el grito agudo sale de la garganta abierta de par en par, volviendo á recogerse y á estallar de nuevo, hasta morir en los labios del *cantaor*.

Un mismo verso se repite hasta lo infinito, modulándolo de cien maneras, y al final se queda el curioso como al principio, sin haberlo entendido.

Regla general: cuanto más flamenco sea el *cante*, más desagrada al que le oye por primera vez y más entusiasmo á los iniciados en los secretos de esta música meridional.

Escusó decir á ustedes que todos nos entusiasbamos, menos el francés á quien le gusta más la jota aragonesa.

El andaluz de Málaga, que se había templado con la copita de aguardiente, estaba en sus glorias, y repetía entre sorbo y sorbo:

—¡Viva la gracia!

—Hombre, le dije, Vd. que entiende más que yo: ¿qué tal la *cantaora*?

—Legítima de la tierra... ¿No oye Vd. esos *queos*? ¡Si me parece al oírlo que estoy en el barrio de la Trinidad! ¡Hombre, con esa música nació yo! ¡Viva la gracia!

Cesó la *cantaora*, y nosotros, con el público, la aplaudimos á rabiar.

Es una mujer jóven, robusta, de ojos negros. La voz, algo cansada por el continuo ejercicio, es fuerte y tiene mucho de varonil.

No le pudimos oír la *soleá*, pero la *rondeña* fué de *mistó*.

He dicho.

Luis Rivera.

REFLEXIONES DE AÑO NUEVO.

Al coger la pluma para principiar este artículo están dando las doce de la noche del 31 de diciembre. Desde este momento el año 1866 pertenece á la historia.

¿A la historia? Pronto lo he dicho; y quizá este aserto no se halle muy conforme con la opinion del señor fiscal de imprenta. Por si ó por nó, bueno será contentarnos con decir que pertenece á lo pasado.

«A lo pasado», quiero decir á lo que llevamos pasado: esta es la frase propia. En otro tiempo pasaban los años por sí solos; ahora los pasamos nosotros, como quien pasa una enfermedad.

El finado, dicho sea en su alabanza, nada tiene que envidiar á sus apreciables predecesores, y de esperar es que su flamante sucesor no desmienta la casta. De cualquier modo, esto es una sospecha, nada más; y aquí viene de molde el refran que dice: «No hables mal del año hasta que sea pasado.»

Por hoy, lo único que podemos asegurar es que el nuevo año tendrá trescientos sesenta y cinco dias con sus trescientas sesenta y cinco noches correspondientes.

¿Se han parado ustedes alguna vez á considerar lo que dan de si trescientos sesenta y cinco dias?

Trescientos sesenta y cinco dias representan:

Para Arderius, trescientos sesenta y cinco llenos del teatro de los Bufos;

Para Colmenarés, trescientos sesenta y cinco *vacios* del teatro del Circo;

Para *La Epoca*, trescientos sesenta y cinco *bombos* á trescientas sesenta y cinco personas distintas;

Para el poeta valenciano Martí y Miquel, trescientos sesenta y cinco dramas (del género que se le indique);

Para Escrich, trescientas sesenta y cinco entregas de novela, que á onza por entrega, son trescientas sesenta y cinco onzas de oro;

Para Santana, trescientos sesenta y cinco números (nocturnos) de *La Correspondencia*, que á razon de veinte mil ejemplares por número y de dos hojas por ejemplar, componen la respetable suma de catorce millones seiscientos mil cucuruchos de papel puestos anualmente al servicio de la abacería nacional.

Todo eso y más dá de si un año para quien sabe aprovecharlo.

Pero ¿cuántos lo aprovechan en España? *Ecco il problema*.

Si es cierto que los dichos de cada pueblo retratan su carácter, júzguese del nuestro por los siguientes refranes relativos al empleo del año.

Para pintar la indolencia española, que en esto de hacer las cosas tarde y mal no tiene semejante, se inventó el adagio que dice: «Una en el año, y esa en tu daño.»

Para lisonjear la pereza española, que todo lo espera de la suerte, se hizo aquel que reza: «Mas produce el año bienhadado que el campo bien labrado.»

Finalmente (como de perezosos es «matar al sastre en una hora») para refrenar la impaciencia española, se dijo: que á «quien en un año quiere hacerse rico, al medio le ahorcan.» Sentencia que de seguro á nadie ha convertido aquí donde cada cual se precia de «saber bastante para su año.»

No hay duda, en los dichos populares está retratado el espíritu de cada pueblo.—Acérquese Vd. á un inglés

y procure distraerle de sus negocios: «El tiempo es dinero,» exclamará sin dejar su tarea.—Acérquese usted luego á dos españoles que jueguen á las cartas y pregúnteles qué hacen: «Matar el tiempo,» contestarán á dúo. Pregúnteles en seguida qué juegan, y como la partida sea sin interés, le responderán que «juegan los años.»—Es un modo ingenioso de decir que no juegan nada.

P. S. Si el autor de este artículo pusiera su firma al pié, podría escandalizar á los amigos que conocen á fondo su acendrado *hispanismo*. Por eso echa mano de un pseudónimo *gilblasiano*, y firma

Ambrosio Lamela.

HISTORIA DE UN CHALECO.

(Conclusion.)

VI.

Me parece que ya se irán Vds. cansando de tanto embrollo y misterio tanto, y tócame por lo mismo decir á ustedes que esto se acaba.

Ahora sigan leyendo con esa esperanza.

Una mañana del frío enero, fui, como de costumbre tenía, á la redacción.

Solo encontré una carta del director, donde me decía: «Amigo mío: dejo á Vd. sus honorarios; procure no parecer más por esta casa, pues de lo contrario sufriría usted desaires que aun siento en el alma anunciarle. He vendido el periódico y me retiro á la vida privada.»

¡No ganaba para disgustos!

Salí de la redacción cariacontecido y melancólico, cuando al doblar la primera esquina veo presentarse ante mí al teniente coronel de la calle de la Victoria.

El me reconoció. Yo no me hubiera atrevido á hacerlo.

Me preguntó por la salud y demás, y sabiendo que yo escribía en un periódico, me dió como noticia para él, la más ertupenda é imaginable que pudiera llegar á mis oídos.

Me dijo que en su calle se había armado aquella noche un belén, del que había salido muy mal herido un estudiante de medicina, un viejo y una señora joven.

¡Ellos son! Dije para mi levita, y casi sin decir adiós á aquel apreciable amigo, dirigíme corriendo á la calle de la Victoria. El teniente coronel me siguió. Llegamos.

LA SEÑORA DEL 13.

I.

Musa de los poetas melencólicos y de los Byron de pacatilla, ¿quieres hacerme el favor de darme un asunto?

Acércate, musa desconocida; tú, que inspiras los folletines regleteados y los dramas de grande espectáculo; tú, que comprendes la necesidad de comer garbanzos y adornas con flores de trapo las coronas de los tenores de fuerza; tú, que cantas las hazañas de los héroes trasnochados y llenas de aire los pulmones del profesor de figle.

Musa, yo necesito un asunto que le agrade al público respetable. ¿Quieres hacerme el obsequio de soplarme al oído media docena de incidentes filosófico-fúnebres-estrepitosos?

Fiando en tu amabilidad y en medio cuartillo de tinta, me lanzo en los anchos espacios de la fantasía.

Dedico mi libro á la memoria de mi difunto perro de aguas..... ¡Era un ángel!

II.

Dos chicos muy guapos.

El uno se llama Aristides; es moreno, alto, con ojos muy grandes y muy rasgados. Lleva melenas bastante largas que le dan cierto aspecto de artista. Acaba de cumplir veintidos años, y está cursando, ó haciendo como que cursa, el cuarto año de leyes. Es cordobés, y no puede negar que sus tatarabuuelos fueron árabes. Perezoso como ninguno; atacado continuamente de ese *spleen* tan peculiar de los hijos del Mediodía, se pasa las horas muertas, ó leyendo autores románticos, ó fumando cigarrillos habanos, ó tarareando trozos de la última ópera que ha visto. Esta última operación la suele hacer teniendo la mejilla derecha apoyada en la mano correspondiente, mirando al techo y llevando el compás con un pié. Ha querido á varios mujeres por poco tiempo, por que se hastia pronto; no va á clase casi nunca, tiene un corazón muy tierno y muy generoso, y de cuando en cuando hace versos.

El otro se llama Juan, y se le conoce por *Juanito*; es también alto, también moreno, y se parece algo á Aris-

Me señaló con un gesto la casa, subimos y... ¡no había nadie!

—¡Usted me ha engañado, caballero!

—¡Canastos! dijo el militar y me sacudió un bofetón. Caí sin sentido, y él guiado por los nobles impulsos de su caritativo corazón, me levantó del suelo, y medio arrastrando me subió á su habitación, donde al abrir los ojos me encontré en la sala donde días antes había visto las ligas de mi morena, con el teniente coronel á mi izquierda, y á mi derecha la mas encantadora niña que pueden ustedes imaginarse.

Me pidió mil excusas el buen señor; le dispensé y le dije á aquella niña que era muy bonita.

Resultado: que á los doce días escasos pedí la mano á su papá, que no era otro que el militar, y me la concedió *velis nolis*, gracias á mi simpática fisonomía.

Para llevar á efecto mi enlace, necesitaba dinero á lo ménos para hacerme un traje decente, y no encontrando otro recurso, me acordé del prestamista de los cuarenta y tres reales, y decidí empeñarle un magnífico y antiguo reloj que el alcalde de mi pueblo me regaló al venir á la corte, y solamente en las circunstancias en que me hallaba hubiera determinado separarme de él.

Lleguéme, pues, á casa del prestamista... ¡y ¡cuál no fué mi asombro al reconocer en él al viejo, director del periódico, jubilado administrador de bienes nacionales, que al conocerme á su vez no pudo ménos de exclamar con satisfacción:

—¡Ah... Vd.!

—Sí señor, yo que vengo á esto.

Le conté mis apuros, y cuando esperaba anhelante su respuesta, oí á la morena que saliendo de un cuarto inmediato dijo al viejo que ya era su marido:

—¿Te acuerdas de la promesa?

—Sí, mujer; y diciendo y haciendo sacó del mismo armario donde antaño guardó los cuarenta y tres reales, sacó, digo, el chaleco, mi querido chaleco, que él usó en otro tiempo, poniéndome en cada bolsillo quinientos reales.

Todo esto por inspiración de mi morena. ¡Debe usted fiarse en la amistad y en las mujeres!

Le dí las gracias con una mirada que quería decir mucho, bajó ella los ojos, y me despedí repitiendo conmovido las gracias.

Íbame haciendo agradecidos comentarios por la escalera, cuando vi subir por ella á mi amigo Sancho.

—¡Infame!! Fué mi palabra primera al divisarle.

—¡Cálmate por Dios! Me contestó... Sabes...

—Sí, ahora lo comprendo todo. ¡También á tí te había despreciado para casarse con el viejo?

—¡Disparate! Sigue amándome á pesar de todo; y miraba hácia el lio que yo llevaba bajo el brazo.

tides; solamente que lleva las melenas mucho más cortas y se las echa por encima de las orejas; y tiene los ojos muy pequeños, pero muy vivos y penetrantes. Es madrileño, tiene veinticinco años cumplidos, y no estudia, ni ha estudiado, ni piensa estudiar. Ha leído mucho, y tiene una viveza ratonil y un conocimiento del mundo en que vive, que se le puede tener envidia. Ha sido un mes meritorio en Fomento, dos meses periodista liberal, cuatro periodista moderado, seis actor de provincias, dos años *commis voyageur* de una casa de Banca, cuatro semanas alabardero del teatro Real, y quince ó veinte días burlador de algunos maridos. Le conocen en todas partes, le aprecian porque es decididor y chistoso, él asegura que no se morirá nunca de hambre, no se le conocen padres, y es íntimo amigo de Aristides hace más de doce años.

Mientras Aristides hace versos á una niña rubia, le ha besado él veinte veces la mano á una morena; mientras Aristides filosofa ó medita, él almuerza, come y cena; mientras Aristides duerme, él recorre todo Madrid, visita á todo el mundo, entra en todos los cafés, saluda á todo bicho viviente, acude á veinte citas amorosas, se peina treinta veces, y vuelve á casa diciendo á su amigo: «¡El porvenir es nuestro, chico; el porvenir es nuestro!»

Estos son los dos primeros personajes que tengo el honor de presentar á Vds., y que viven en la calle del Prado, número no sé cuántos, cuarto tercero de la derecha.

Ahora, en uso de mi derecho de novelista, doy un soberano mentis al tiempo y al calendario, y digo: Estamos á fines del mes de enero de mil ochocientos sesenta y cuatro.

Nota bene. Aristides tiene la fortuna de que le quiere una muchacha rubia que se llama Matilde; pero tiene la desgracia de no querer á Matilde.

Matilde es muy bonita y muy buena; pero Aristides la hizo el oso dos meses, y despues se olvidó de ella, porque los hombres son así.

III.

¡Rendete á me la speme..!

—¡Hola! dijo Juanito entrando en el gabinete donde estaba Aristides tarareando.

—Hola, respondió éste.

—¿No has salido?

—No.

—¡Es un chaleco! Dije furioso comprendiendo su intención, y me alejé diciendo de nuevo, á pesar de los mil reales:

—¡No, no se fie Vd. de la amistad ni de las morenas!

VII.

Con aquel dinero hice mis convenientes preparativos, y á los dos meses me desposaron con la hija del teniente coronel.

El día de la boda fué magnífico; se derrochó de lo lindo, se cantó, se bailó, se comió, etc., etc.

Llegada la noche y al quedarme sólo con mi mujer, lo primera que ví, señores, ¡fueron aquellas ligas de color de rosa con broches labrados!

Pregunté cómo habían llegado á su poder, y me contestó que su padre se las había regalado.

Sospeché el origen del regalo, pero no quise recordar á mi suegro la aventura, y dije satisfecho al dar el primer abrazo á mi encantadora mujer, recordando lo del chaleco, el casamiento del prestamista y el hallazgo de las ligas:

¡Lo que es de Dios, á su casa se vuelve!

Gerardo Blanco.

MURMULLOS.

—¿A que no saben Vds. cuál es el periódico más divertido?

—El GIL BLAS?

—No por cierto..... es favor!

—¿El Cascabel?

—Tampoco.

—¿La Regeneracion?

—No, hombre, no; el periódico de D. Juan de Castro.

—¿Y qué periódico es ese?

—El *Diario de Teatros*, órgano de las empresas teatrales y de las fondas de esta corte.

—¿Y qué dice, qué dice?

—En una revista que ha consagrado á las funciones últimas, cuenta que en vez de mamarrachos se han hecho este año en los teatros obras de *valor literario*; al emitir su juicio sobre la ejecución del *Fausto*, manifiesta que no quiere poner á *Grazziani sobre Mario*, porque este no lo consentiría (*¡yo lo creo!*), y asegura por fin que el Teatro Real ha TENIDO ENTRADAS (*bónito estaría sin ellas!*) y que ha dado *delectacion real y positiva*.

—¿Habrás estado cantando toda la tarde?

—¡Psth! no tenía ganas de nada...

—¿Pues te has perdido la gran tarde! Chico, estaba la Fuente Castellana que parecía un paraíso. ¡Qué mujeres! ¡ay, querido, qué mujeres! He visto á las de Sempim elegantísimas; he visto á Carlota, tu antigua novia; iba con un militar muy bonito... ¡ah! también he visto á Nicolasa, la sobrina del general Carton; la han crecido las narices un palmo; ¡qué fea está! ahora se va á casar con un provinciano muy rico, un tal Lopez, muy gordo, que parece un guardia civil; y ¡a propósito, hombre! ¿a qué no sabes á quién me he encontrado en la calle del Caballero de Gracia? A Julian, á Julianito, aquel chico ingeniero civil que se marchó á la Coruña... está hecho un tonel; me ha contado que se va á casar dentro de quince días... ¿con quién dirás? ¡Con la Pepa, hombre! Con la Pepa, la sobrina de D. Miguel Carraspera; ya sabes, aquella chica que fué novia mía, pues con esa se casa el pobre Julian... yo no le he querido decir nada, porque ¿asunto de qué le habia de dar un disgusto? pero mira que es un lance... ¿él? ¡Pues digo, la Pepa! vamos, es una lástima que ese pobre hombre... ¡já! ¡já! ¡já! ¡qué demonio de cosas!

He estado en casa del sastre; no he visto un sugeto más apreciable en los días de mi vida; le dí un cigarro y unas cuantas palmaditas en el hombro; le enteré de todos los asuntos políticos del día—ya sabes tú que á él le gusta mucho eso;—le dí dos ó tres besos á su chiquillo, y el hombre se quedó tan contento. Ya no nos vuelve á molestar en un mes. Tú déjame hacer á mí, hombre, que yo soy el único para estas cosas. ¡Ah! vamos á ver, ¿quieres ir mañana al baile de la generala?

—No; no tengo ganas de nada, respondió Aristides tendiéndose en un sofá.

—¡No tengo ganas de nada! ¡No tengo ganas de nada! ¡Siempre estás con eso, caramba! ¡Muévete, hombre, muévete, que te vas á apolillar un día! ¿Qué hora es? ¡uf! ¡Las seis y media! ¡Doña Magdalena..!

Doña Magdalena es la patrona de los dos amigos. Segun asegura, les quiere como á sus hijos y esto se debe, más que á la puntualidad con que ellos no le pagan, á los buenos tratamientos de Juanito, que sabe apreciar hasta lo sublime la belleza del carácter de la respetable señora.

Apenas fué llamada apareció en el umbral de la puerta.

—¡Hola, ángel de la casa! dijo Juanito acercándose á ella demasiado.

—¿Llamaba Vd.? preguntó la aludida.

—Sí señora, respondió el huésped; y añadió en seguida:

—Doña Magdalena, ¡está Vd. muy guapa!

—¡Vamos, vamos, demonio! exclamó doña Magdalena

CONTRASTE.



Sistema A.M.A.

El pudor en el baile.



Sistema A.M.A.

El pudor en la calle.

sonriendo; ¡que siempre ha de tener Vd. buen humor!
 —¡Qué buen humor ni qué ocho cuartos! ¡Está usted preciosa!
 —¡Para eso me llamaba Vd.?
 —Para eso y para decirle que quisiéramos comer enseguidita, si fuera posible.
 —Voy á decir que pongan la mesa.
 —Muchas gracias, Magdalena; es Vd. la mujer más amable del orbe católico.
 —¡Las manos quietas, adulator!
 —¡Adulator! ¡Cuando Vd. sabe muy bien que soy incapaz de echar un piropo á nadie! Solamente Vd. que es una ciudadana de la antigua Roma, puede inspirar palabras de...
 —Ea, ea, dejémoslo empezado, gritó doña Magdalena retirándose. Y salió riendo á carcajadas y exclamando:
 —¡Qué cosas tiene este maldito de D. Juan! ¡Es el mismo demonio!
 Aristides continuaba tarareando. Aquella tarde le había dado por los Puritanos y no cesaba de repetir:
*Rendete á me la speme
 ó las ciátami morir!*
 Y la frase aquella no le salía de los labios.
 —¡Aristides! gritó Juanito.
 —¡Qué quieres?
 —Te preparo la gran sorpresa.
 —¡Hombre, sí?
 —¡La sorpresa gorda! Tengo dos butacas para el teatro Real.
 —¡Para esta noche?
 —¡Pues es claro, hombre!
 —¡Oh felicidad! Exclamó Aristides levantándose; ¡oiremos los Puritanos!
 —¡Claro!
 Y Aristides comenzó á repetir:
Rendete á me la speme.....
 —¡Basta, hombre, basta; que me estás haciendo sangre en los oídos con tanta speme y tanto tarareo!
 —Es precioso el trozo ese.
 —Ya, pero si lo repites no me va á hacer gracia esta noche.
 —Bueno, me callo. ¡Doña Magdalena!...
 —¡Qué quieres?
 —La comida.
 —¡La he pedido yo ahora mismo, hombre!

—¡Ah, sí, no sabía!...
 —¡Pero no me has oído?
 —No.
 —¡Válgame Dios, hombre! No he visto nada como tú. Doña Magdalena ha estado aquí con nosotros.
 —No he reparado.
 —¡Já... já... já!... ¡Eres delicioso, chico, deliciosísimo! Una voz dijo entonces.
 —Cuando Vds. quieran.
 —Ea, á comer, querido, dijo Juanito.
 Y los dos amigos pasaron al comedor.
 El comedor de la casa de huéspedes de doña Magdalena era espacioso y tenía mesa redonda. Uno de esos comedores de las casas de huéspedes con pretensiones de fonda, y en los cuales comen á la vez cinco ó seis huéspedes, si por casualidad están todos reunidos en casa á la misma hora.
 Cuando los dos amigos entraron había sentados á la mesa dos hombres. Uno bastante viejo, pero con el pelo teñido, los bigotes pintados y el cutis impregnado de agua de Barcelona. Era una de esas personas que se ven en todos los cafés, en todos los paseos, en todos los teatros, y que á cierta distancia parecen jóvenes de treinta años, pero que mirados detenidamente por un observador, dan á conocer bien pronto que están con un pié en la sepultura y con otro en casa de Fortis.
 D. Paulino se llamaba; y le conocía todo Madrid, como á Juanito; solamente que así como Juanito pasaba por un joven apreciable, de afable trato y de cierto sprit para la conversación, D. Paulino se hacía antipático bien pronto, por sus pretensiones de pollo y sus cuentos inspidos y sus chistes desvergonzados. Aseguraba que le querían las mujeres, las echaba de valenton cuando menos debía, era abonado del teatro Real, pero enteramente lego en materia de música; tenía una voz chilla y penetrante, y vagaba continuamente en sus labios una sonrisita semi-burlona semi-despreciativa que era capaz de cargar al caballo de la plaza de Oriente.
 Por último, tenía la fatal costumbre de añadir á cada dos ó tres palabras la muletilla «¿me comprende Vd.?» aunque dijera la cosa mas comprensible y fácil del mundo.
 Era, en una palabra, un viejo con pretensiones de pollo.
 El otro individuo era un muchacho de unos diez y siete á diez y ocho años, pero muy gordiflon, sin pelo de barba y con un traje que olía á provincia á la legua.
 Cuando Aristides y Juanito entraron en el comedor, D. Paulino comenzó á hablar con bastante rapidez.
 —¡Hola, hola! —dijo— aquí están los rezagados! Vamos á ver si un día los dejamos debajo de la mesa.
 —¡Qué imprudente! murmuró Aristides.

—¡Hola! ¡D. Paulino! ¡Buenas noches! —gritó Juanito.— ¡Qué hay de cosas, hombre, qué hay de cosas?
 —No sé nada. ¿Ha estado Vd. en paseo?
 —Si señor, ¿y Vd.?
 —¡Siempre! Me he salido por la puerta de Bilbao, ¿comprende Vd.? y he dado casi la vuelta entera á Madrid en menos de una hora.
 —¡Cuerno! ¡Habrás Vd. ido en coche!
 —No señor, á pié; yo ando mucho, y además, iba á ver si daba con la pista de una mujer que debía esperarme...
 —¡Eso me gusta!
 —Porque ¡qué demonios! hay que pasar esta vida así: ¿comprende Vd.? ¡Divertidita, divertidita! ¡Me quiere usted dar el salero?
 —¡Bien, D. Paulino! Usted es el grande hombre de Madrid.
 —Gracias. ¿Y el amigo Aristides, qué dice?
 —Nada, respondió Juanito. Este siempre ha sido así...
 —Usted siempre está callado.
 —Así no me equivoco nunca.
 —Eso se llama saber ser vanidoso, exclamó D. Paulino.
 —No señor; esto es ser callado, y nada más.
 —¡Qué mal humor gasta! dijo D. Paulino dirigiéndose á Juanito. ¿Qué le ha sucedido?
 —No sé, respondió Juanito. Este siempre ha sido así...
 —Pues yo al contrario, porque tengo para mí que el que no se divierte ¿comprende Vd.? es porque no quiere; y sobre todo, creo que el que más habla es el que tiene más razón.
 —Soy del mismo parecer, dijo Juanito; yo hablo por los codos, y me va bien con mi sistema. Déme Vd. aquel cuchillo.—Gracias.
 El huésped, que parecía provinciano, no desplegab los labios y comía como un energúmeno.
 —Recuerdo ahora, dijo al poco rato D. Paulino, que el ser un poquito hablador me sirvió una vez para medio conquistar á una mujer divina. Las mujeres ¿comprende usted? aman á los hombres que hablan mucho, y gustan de los caracteres alegres. ¡Caracoles! ¡Este caldo abrasa, muchacha! ¡No sirvas la comida tan caliente!
 —¡Qué fué ello, D. Paulino?
 —Una aventura muy rara. Venía yo á Madrid, despues de haber pasado una temporada en los baños de Alhama ¿comprende Vd.? El camino de hierro de Zaragoza á esta corte hacia muy poco tiempo que se había inaugurado, y los trenes iban siempre llenos de bote en bote.

Fusebio Blasco.

(Continuará.)

—¡Delicioso, sublime!
—¡Boca abajo todo el mundo!

Aun hay más.

Segun la tal revista, las obras en los *Bufos* no las ponen en música los compositores, las *aditamentan* y adquieren todo su valor representadas por aquella *troupe* en que el *buen humor* parece *ingénito* y *domina todas las eventualidades*.

Un académico.—Eso parece Cervino puro.
—No, es Juan de Castro!

Pero lo mejor, lo más bello, lo más sublime es este parrafito que le inspira su musa en presencia de los escarpatos de Herman y de Lhardy:

«El estómago, ante la sensación que le envían los ojos, da un respingo, se pone en guardia y llama á la puerta de la inteligencia pidiendo protección y auxilio. Ante esa llamada, la inteligencia electricamente lo mira todo en sí y á su alrededor: ve el bolsillo exhausto, el crédito nulo, las ocasiones por las nubes y el dinero más allá del sétimo cielo; pero el estómago sigue llama que llama, y la inteligencia acude entonces á la imaginación, entrando esta en funciones; y cambiando la realidad de las cosas en un abrir y cerrar de ojos, ¡por qué, dice, todo lo que hay detrás del cristal no ha de estar en la cocina de las almas contemplativas? Ya está en la cocina; ya las longanizas han caído en el puchero; ya el pavo puesto sobre la lumbre se dora, toma esos matices que responden á la sensación apetitiva; ya, como decía el buen Alcázar, todo está á punto y solo falta comenzar la fiesta, y la fiesta comienza y las longanizas y el pavo con toda clase de entremeses rociados por toda clase de zumos, de toda clase de vides, desaparecen en esa arca, ó más bien en ese tonel de las Danaidas que se llama cuerpo humano. Para la imaginación todo esto es instantáneo, y el efecto en los cuerpos lo es igualmente: bajo su imperio, aquellas caras de cuaresma se convierten en caras de Pascua, los dientes juegan como si encontraran materia para su ejercicio, la boca se llena de agua y el estómago siente un calor benéfico que le vivifica.»

¡Qué poesía, qué elegancia, qué delicadeza, sobre todo! cuando compara al cuerpo con el tonel de las Danaidas. De aquí al número 100 no hay más que un paso.

¿Es ó no es el *Diario de Teatros* el periódico más divertido?

Pues sepan Vds. que se dá gratis, y que es el órgano de las empresas de Madrid.

Me equivoco: el *Circo* y *Novedades* no figuran en la lista de sus suscritores, ni en sus anuncios.

¿Por qué será?

En un periódico que elogia las nuevas cajetillas de cigarros de papel que se han puesto á la venta en los estancos, leo lo siguiente:

«Menester es que la Hacienda eche el resto.»

No quiero proseguir: ¡esto es ya demasiada crueldad!

Se ha descubierto en Francia la última cuchara de que se sirvió la infortunada reina María Antonieta.

No faltará en España algun sabio que pida una pensión para estudiar y describir este monumento histórico.

Tratándose de una *cuchara*, nada más natural que *comer*.

La *Correspondencia* anuncia, que el ayuntamiento de Madrid se ocupa con preferencia del proyecto de construcción de dos grandes mercados; uno en la plaza del Carmen, y otro en la de la Cebada.

Un lector.—¿Dónde encontraría yo detalles acerca de estos proyectos?

—En una novela de Antonio Flores que se titula *Ayer, Hoy y Mañana*.

—¿En qué parte, en la segunda?

—No señor, en la tercera.

Este año ha habido en algunos teatros función de *Inocentes*.

En Jovellanos demostraron las actrices *Lo que son mujeres*.

A los espectadores embelesaron las formas de algunas de ellas, escitadoramente dibujadas á favor de las calzas que llevaban.

Un Sr. D. Cosme, que estaba en la tercera fila de butacas, contemplaba extasiado las pantorrillas de don Roque.

—¿No le parece á Vd. que hay en ellas algo de poético, D. Lino? dijo á uno que habia á su lado.

—Si señor, hay algo, don Cosme, le respondió este.

Este año, como todos, habrá *estrechos*, *motes* nuevos para damas y galanes, y demás diversiones caseras.

A juzgar por los preparativos que se hacen en algunas tertulias, los *estrechos* serán los que más abunden.

Ande la broma.

Segun los datos oficiales, el termómetro de Reaumur ha bajado en Madrid en la madrugada de estos últimos días hasta dos y tres grados bajo cero.
¡El tiempo es crudo!

A pesar del frio que hace, no faltarán gallegos que el día 5 salgan á esperar á los reyes magos.

El Sr. Romea ha dejado de pertenecer á la compañía del Príncipe: el Sr. Eguilaz ha retirado de este teatro su *Quiero y no puedo*.

Sin embargo, ha coincidido con este suceso la decision que ha tomado el emperador de Méjico de conservar su imperio... hasta que se lo quiten.

Puede asegurarse que á pesar de todo tendrá lugar este año en Paris la Exposicion universal.

Por los periódicos he sabido que las actrices del Príncipe, señoritas Berrobiano, Espejo y Fernandez, tenían consignada en su escritura la obligacion de *no trabajar más que con el Sr. Romea*.

Parece que por esta causa han quedado libres de sus compromisos hasta que se restablezca el gran actor.

Y sin más por hoy desea ver á Vds. de *buen año* su afectísimo

Blas Perez.

CABOS SUELTOS.

Fausto.

Respetable y pagano público, dame la mano y ven conmigo al teatro Real. Cualquiera localidad será buena, ya te amoldes en la aristocrática butaca, en el modesto asiento de palo ó en el democrático paraíso; desde todas partes podremos ver los toros...

Fausto ha sido cantado por un nuevo tenor que se llama Graziani. No tiene mala voz, pero la domina poco. ¡Y luego es tan frio!... Su figura, más que de Tenorio, parece la de un respetable gobernador de provincia. Alto, robusto, con barba completa y más derecho que una cucaña... Así es el Sr. Graziani. Le vi la primera noche y tuve en cuenta su timidez; le vi la segunda y solo tuve ya en cuenta su mérito. Público respetable y pagano, ¿has quedado satisfecho? No, lo sé, te lo he oido en los pasillos, lo he adivinado en tus desmayados aplausos.

La señora Borghi-Mamo hizo de Margarita. Si tú, respetable y pagano público, no hubieras asistido á la representación, indudablemente los elogios de la prensa serian capaces de volverte tarumba. ¡La señora Borghi ha estado adorable, fashionable, admirable é incompensurable! Esto han dicho los periódicos. Pero, público de mi alma, oculta esa sonrisa maliciosa y ajustemos cuentas. Tú, como yo, has aplaudido á la señora Borghi por su talento artístico, que es mucho; por su corazon, que es rico de pasiones dramáticas. En esto estamos conformes. ¿Pero es la señora Borghi la Margarita de Goethe? ¿Es la *damisela* del poeta? ¡Cielos! Dirá el público. Pues aquí te quiero, escopeta. La señora Borghi tiene talento para hacer veinte Margaritas... Le falta solo una cosa que no se adquiere con el estudio y que se pierde con el tiempo. Le falta... ¡la juventud! No hay que darle vueltas, señores críticos, en ciertos caracteres os admito con gusto todos los talentos posibles; pero en el papel de Margarita es indispensable que la voz suene á jóven, que el cuerpo huela á jóven, que los pliegues del traje respiren inocencia, que la forma plástica denuncie algo que no sea algodón oprimido. Esta es mi opinion, pero aplaudo de buena gana á la señora Borghi por la maestria con que ha vencido las dificultades, y por lo bien que canta el segundo acto.

Selva caracteriza admirablemente el papel de Mefistófeles.

¿Que efecto ha producido en el público la ejecucion de la ópera? Segun dice el vulgo, *ni fi, ni fa*. Hemos aplaudido, pero no nos hemos entusiasmado.

Preguntaron una vez á un marroquí:

—¿Sabe Vd. cuánto tiempo ha de estar una mujer encerrada con un hombre para que el marido llegue á escamarse?

Y el marroquí contestó:

—El tiempo que se emplea en romper un plato.

Ya saben Vds. que ha sido presentado *El libro verde* al Parlamento italiano.

Es color que me agrada.

La *España Contemporánea* inserta la estadística de los ajusticiados en Madrid desde 1800 á 1861, y resultan 460 individuos, entre ellos 18 por sospechosos.

¿Por sospechosos de qué?
¡Escamati, caro colega!

Para celebrar la rápida y feliz terminacion de las obras del edificio destinado á Exposicion de Bellas Artes, ha dado el domingo un gran banquete el Sr. Indo, su propietario.

A este banquete asistieron gran número de los contratistas y operarios que han tomado parte en los trabajos, y varios amigos particulares, entre los que se hallaban el arquitecto de la obra, Sr. Jareño (no esperamos que le nombre nadie antes que nosotros), el pintor señor Madrazo, el banquero Sr. Werner, y algunos más (1).

Esta última mano dada á su obra por el Sr. Indo, nos parece muy oportuna; sobre todo, en este país donde el capital hace tan pocas migas con el trabajo.

PASATIEMPO.

Solucion al Geroglífico del número anterior.

Solo Dios ve el porvenir que aguarda á GIL BLAS.

GEROGLIFICO.



(La solucion en el número próximo.)

ANUNCIOS.

LA LEGITIMIDAD DE LA VUELTA ABAJO.—ALMACEN de tabacos, Carrera de San Gerónimo, núm. 22, piso principal, esquina á las Cuatro Calles.

Por traslacion de local se realizan al precio de fábrica las existencias de tabacos, picado y cajetillas del mismo.—(6-4.)

VERDADEROS BOLOS ANTIGASTRÁLGICOS.—CURAN infaliblemente todas las enfermedades del estómago que no procedan de una lesion orgánica en la viscera.

Se venden en la botica de Giron, calle del Leon, núm. 43, y Lope de Vega, 4.—(12-4.)

BÁLSAMO ANTIREUMÁTICO DE SURINAM.—Único remedio seguro de los conocidos hasta el día, para la curacion radical del reuma agudo ó crónico, articular ó muscular.

Se vende en la botica de Giron, calle del Leon, núm. 43, y Lope de Vega, 4.—(12-4.)

PÍLDORAS DEPURATIVAS LAXANTES.—EN POCO TIEMPO nuestras píldoras son apreciadas en España y Ultramar, como lo acreditan los testimonios que diariamente recibimos. Con su uso desaparecen las jaquecas, los dolores de cabeza, las afecciones de corazon, la clorosis, las malas digestiones, la bilis, obstrucciones, las lombrices, las flemas, los humores, etc. Dan apetito y vigor. Hortaliza, 9.—(4.—3.)

LOS 300,000 DUROS.—(HISTORIA DE UN POBRE HOMBRE), por Julio Nombela.—Esta novela se publica por entregas al precio de un cuartillo de real cada una.—Se admiten suscripciones en Madrid, en la libreria de San Martin, Puerta del Sol, núm 6, y en Provincias en las principales librerias.—Han aparecido ya las 47 primeras entregas.

SALON DE PELUQUERIA Y BARBERIA.—SE RECOMIENDA al público este nuevo establecimiento, que acaba de abrirse calle de la Cruz, núm. 12, bajo la dirección de Ciriaco Hidalgo, sobrino de Sisi, el cual ha estado al frente del establecimiento de este por muchos años; la misma elegancia en el mobiliario, con el mismo aseo en todo y notable rebaja en precios.

Afeitarse, 4 real; cortar el pelo, 4 real; rizar, 4 real.

(4) Tambien asistió Palacio, autor de este sueltcito.—L. R.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.